

La huerta

(Cuento... que será historia)

Luis Bonafoux

Furioso lector de *El Motín*, tenía empapeladas las paredes de su casa con caricaturas del periódico anticlerical; y la casa para ser de pueblo no era mala: de planta baja, como vivienda de aldea, pero con hermosa huerta, y en la huerta naranjos y limoneros que por primavera olían a gloria.

El señor Lucas era una antigualla... modernizado, un castellano al revés, porque había puesto las virtudes de su carácter al servicio de todo lo que iba contra Dios y el rey. *El Motín* era, a su juicio, la última palabra del credo revolucionario; no creía en otra cosa, y las caricaturas del periódico venían a ser los salmos de la devoción de su casa.

Doña Valentina, su esposa, no creía mayormente en *El Motín*, pero sentíase hipnotizada por aquel Lucas, a quien no estorbaba lo negro, y que discurría con cierta prosopopeya sobre los artículos y sueltos, embozado en una capa parda que era su compañera inseparable, más aún que la misma Valentina.

Cierto que el señor Lucas no era un *genio* ni mucho menos, puesto que decía cuando se acatarraba que tenía *constipación de sienes* y llamaba al mar *sólido* por solitario; pero como todo es relativo, era en la aldea una autoridad política y literaria, singularmente para Valentina, la cual sentíase orgullosa de su Lucas, y lo demostraba reservándole la mejor parte del cuero de cerdo, alimento de los cónyuges los más de los días.

¡Aquellas atrocidades de los *cleripótames*...! ¡Aquellos *palos* a los republicanos que no querían unirse “para echar abajo lo existente”!... El señor Lucas se entusiasmaba con todo eso; y mucho más le entusiasmaba la caricatura del hombre del pueblo con pañuelo aragonés y

alpargata catalana, el cual hombre, que parecía por lo elevado un gigante, al lado de Salmerón, Pí y Zorrilla, amonestábalos severamente, enseñándoles el derrotero del porvenir con el dedo índice, muy gordo por cierto, de la diestra mano... El señor Lucas *explicaba* la caricatura; campaba allí por sus respetos, y no se hubiera hallado quien se atreviese a contradecirle. El cura, con todo de ser cura, estaba espantado.

Pero la gloria es efímera, y la del señor Lucas vino a menos con la aparición en el lugar de un revolucionario que, como el judío errante, no sabíase ni se supo nunca de dónde vino; tranquilo al parecer, muy metido en sí, sobrio de palabras y... sin capa parda.

¡Qué desencanto aquel! Aquel *energúmeno*, como le llamaba el cura, decía del señor Lucas que estaba atrasado un siglo... ¿La República? ¡Qué tontería! Llegarían al poder los mismos ministros con diferentes collares y el pueblo, el hambriento, el desheredado eterno, continuaría gimiendo y llorando como si tal república existiera, royéndose los codos, esclavizado por el trabajo, deshonrado por sus amos... Aquello, predicar por la república, era una antigualla... como el señor Lucas. Los tiempos eran otros. Bueno que los burgueses hicieran la revolución contra los nobles y abatieran el principio autoritario; pero eso ya pasó; ahora el pueblo, el verdadero pueblo, tenía que acabar con los burgueses y con el principio individualista que representan.

Hacía falta volverlo todo de arriba abajo, no dejar piedra sobre piedra, tener por símbolo de la política la horrible creación de un pintor alemán –campo desolado; sobre el campo, una pirámide de calaveras, y encima de la más alta un cuervo... eso es, la anarquía;– hacía falta, sí, echar a rodar “lo existente”; pero empezando por la república que era el *Dorado* del buen señor Lucas. Después... se vería; es decir, no lo veremos nosotros, seguía diciendo el *energúmeno*, pero lo verá alguien no sé cuándo, ni cómo, en un siglo horrible aunque justo, de expiaciones enormes, donde el Terror negro de los hombres que llevan mezcladas en las manos sangre homicida y porquería adquiridas al labrar la tierra ingrata... no será desfile de rebaño desmedrado, que saque a la calle el hambre, paseándola como una bandera, con la esperanza de ablandar los corazones... no será remedo de la *proce-sión de los sin trabajo*, un paso más, resignado entre el gris del cielo

y el lodo de la calle, como los del Cristo que fue en procesión hacia el Calvario para redimirnos de culpas monstruosas... será un horror de venganzas, una matanza de cerdos, y a las víctimas no se las llevará en carros cogiéndolas al azar, como ocurría diariamente en la plaza de la Concordia; se las sorprenderá en sus casas y en medio del sueño...

Y al señor Lucas no se le saltaban las lágrimas; a duras penas probaba ya el cuero de cerdo, y envuelto en la capa parda miraba tristemente, por encima de los embozos, las caricaturas que tenían de adorno las paredes de su casa solariega; el mismo puesto que representaba el pueblo le parecía tonto de capirote a pesar del dedo índice estirado, puesto que no empuñaba, pudiendo hacerlo, el trabuco o la hoz, y él, Lucas, era también un mentecado, un Lucas Gómez, y además, según el *energúmeno*, un ladrón, un explotador del pueblo, un... burgués.

Aquel invierno fue un horror de crudezas. La anarquía tuvo un aliado: el hambre. Sobre el campo yermo, alumbrado mortecinamente por la luz de las hogueras, aparecían en confuso montón hombres y mujeres alternando con caballerías y acosados por alimañas que salían del bosque al olor de la carne humana. El novelista Tolstoi escribía desde Omburgo que se encontraban a centenares por las calles cadáveres de hombres y caballos. Ni pan ni pienso... Los caballos concluirían por ser anarquistas. A la desbandada de las hordas de Germinal que gritaban “¡Pan! ¡Pan! ¡Pan!” seguiría una vertiginosa carrera de caballos, un tren de sangre, como el de la *Bête humaine*, que lo arrollaría todo al relincho de “¡Pienso!, ¡Pienso!, ¡Pienso!”. Allá en Rusia, las personas disputaban a las bestias los bocados de hierba; los campesinos huían de sus hogares sin lumbre y sin pan; turbas de chiquillos, que eran guiñapos, pedían qué comer a colonos que los maltrataban; en míseros jergones, a la intemperie, mujeres recién paridas; y, tiritando sobre despojos de partos, niños que venían a la vida en sacos de miserias... Se ayunaba tres o cuatro días, porque no había más remedio que ayunar. En algunas ciudades, *la población se preparaba, confesando y comulgando, a bien morir*. Y allí, en el pueblo del señor Lucas, lo mismo que en Rusia. Puesto que había que morir de hambre y frío, valía más morir matando; y la intentona, disparatada y loca, estalló a las órdenes del *energúmeno*, que poco después

fue al patíbulo sin decir palabra, negándose a recibir los auxilios espirituales, firme y convencido, severo y triste, como un Saint Just a la rústica revolucionaria, santificado por el sacerdote, quien, con extrañeza de todo el vecindario levantó las manos sobre el reo moribundo y le dijo con sublime acento de caridad cristiana:

–¡En nombre de Dios, yo te bendigo!...

Fue un acontecimiento que sacudió la entraña del pueblo, y de uno a otro confin de la comarca corrió por mucho tiempo, envolviendo a los aldeanos, una ráfaga de muerte. El señor Lucas, confundido modestamente con la turba, lo vio todo: la subida al tablado, la mano del verdugo, la sotana del cura, la última mueca del pobre *energúmeno* al echar fuera la ennegrecida lengua... Y de allí a poco murió él mismo, sin que se supiera de qué, ni cómo.

–Salió a dar un paseo *con la cada*, decía doña Valentina, y sin probar bocado de cerdo se echó a morir.

Lo cierto es que al señor Lucas, que era hombre de bien, le entró pasión de ánimo, y murió de envidia y remordimientos, recordando el calvario de su contrincante y deseando que también a él le apretaran el pescuezo para purgar el crimen de tener una casa con hermosa huerta de naranjos y limoneros...¹

¹ Luis Bonafoux, “La huerta”, *La Correspondencia de Puerto Rico*, 17 de diciembre de 1907; p. 1.